

# ●ARTE●LETRAS●ESPECTACULOS

fecta —a su punto de vista— como lo es la polinésica. Y con los mitos de Hesíodo previendo la Edad Dorada, hace más de veinticinco siglos. Y con la idea de Gabor de que existe «una sabiduría instintiva en el cuerpo social», e incluso en algunas premisas del marxismo, que dice asumir.

La sociedad polinésica sería en parte la civilización del ocio —donde sólo unos cuantos técnicos trabajarían para todos los demás— y la imitación en los apartamentos del sol y la arena dorada de los climas privilegiados (¿lo que Miller llamaba «la pesadilla climatizada»?), con una disminución total de la voluntad de poder: la desaparición del «hombre faústico». Acudiendo a otros mitos, el triunfo de lo apolíneo sobre lo dionisiaco. «Milenios de trabajo —concluye Stent— en los campos de las artes y las ciencias transformarán, finalmente, la tragicomedia de la vida en un happening».

No es posible saber si las doctrinas del profesor recibidas como por iluminación en el movimiento estudiantil de 1964, y emitidas en 1969 (fecha de la publicación de la primera edición en los Estados Unidos), habrán sido sometidas a las duras pruebas de la realidad en los años posteriores, en la sociedad nixoniana en la que vive y trabaja, o si los últimos descubrimientos en su especialidad de biología molecular, de genética, donde tanto queda aún por saber, habrán modificado su punto de vista científico de que se ha llegado a un agotamiento epistemológico. No oculta Stent la existencia de un enorme vacío en la explicación del fenómeno de la vida y de la explicación «molecular» de la conciencia, pero estima que es así porque «hemos llegado a los límites de la comprensión humana», ya que el cerebro tal vez no sea capaz de dar una explicación su-

ficiente de sí mismo: «existen procesos que aunque obedezcan claramente las leyes de la física, nunca podrán ser explicados» y por lo tanto la paradoja científica consiste en que no se debe perder tiempo en continuar buscando explicaciones. Esta óptica de su propia actividad investigadora explica muy claramente el carácter de su especulación general: si el progreso en la mejora de la calidad de vida puede, quizá, llegar a más, la capacidad humana para buscarlo se ha agotado, no alcanza a más y, por lo tanto, debe autolimitarse y cesar una nerviosa e histórica persecución del desarrollo para emplearse en adecuar su vida a esta Edad de Oro que tenemos ya en nuestras manos, para la que bastará que nos adecuemos a modelos conocidos.

El libro parece más bien consecuencia de una situación personal, de unas circunstancias filosóficas, políticas y científicas de su autor, que de un verdadero análisis de la situación real del mundo; esto sucede más o menos en todas las especulaciones, pero quizá en esta obra sean más evidentes. ■ PABLO BERBEN.

## José Ramón Arana, un escritor no recuperado

Acaba de morir en Zaragoza, donde había regresado después de treinta y tres años de exilio, el escritor aragonés José Ramón Arana. Sentenciado por un cáncer, había vuelto sencillamente a morir en España. Y su último año aquí lo gastó en una triple y titánica tarea: recobrar una brizna del paisaje perdido, robarle al cáncer algunos días y rematar el segundo manuscrito de una serie memorativa, «Por el desván de los recuerdos», cuya continuidad sabía imposible.

Conocido sólo por al-

gunos especialistas (1), marginado en la recuperación de la literatura exiliada, la trayectoria vital del escritor aragonés expresa, pese a sus singularidades, el rumbo dramático de una generación forzada a elegir entre opciones elementales y sustantivas. En última instancia, entre la vida y la tierra natal.

Arana había nacido en Zaragoza en 1906, hijo de un maestro rural. Huérfano de padre en su primera infancia, ha de ponerse pronto al trabajo. A los doce años, según él mismo cuenta, su jornada laboral en una imprenta zaragozana «era de diez horas; su salario, de 25 céntimos al día». Su niñez, su adolescencia y su juventud estarán marcadas, pues, por la búsqueda del sustento. Primero, dependiente, obrero y oficinista en Zaragoza. Trabajador después en diversos tajos de la Barcelona de la Dictadura, donde consigue al fin el empleo relativamente envidiable de fundidor en una factoría, Can Girona, «con doce horas de trabajo seguidas o dieciocho cuando se cambiaba de turno».

De nuevo en Zaragoza, cobrador de Banco y militante destacado en las filas socialistas, la guerra le obligaría a escapar a Barcelona. Luego, acabada ya la contienda, marcha a Francia. Campo de concentración de Gurs. Detención por la Gestapo. Huida a la «zona libre». Finalmente, desde Marsella, el salto a América: Martinica, Santo Domingo, Cuba, Méjico.

En América, Arana reanuda los lazos con la literatura, que inicia en la Barcelona bélica. Obsesionado por el retorno, desdeñoso de la fortuna, será librero, vendedor de libros a domicilio y una institución en el mundo del exilio mejicano. En 1944 funda, con Manuel Andújar, la revista «Las

(1) Ver crítica de Martín Vilamarín en número 350.

Españas», a la que dedicará un largo esfuerzo. La cordedad de su obra narrativa es, según sus amigos, el resultado de la dispersión sistemática de energías en esa y otras generosas actividades.

La condición de exiliado, tan dramáticamente ostentada en la cifra que cuenta el alejamiento de la patria, parece el primer rasgo a destacar en esta somera biografía. De él se deduce, en buena lógica, el desconocimiento de su figura y de su



José Ramón Arana.

obra. Al menos en parte. Pero hay otros rasgos en Arana acaso no tan evidentes y que, sin embargo, poseen una mayor entidad a la hora de valorar al escritor. Uno es, sin duda, el de la calidad de su escasa producción narrativa. Otro, el que Arana encarnó un tipo de escritor —y en consecuencia de literatura— cuyo florecimiento quebró la resolución de la guerra civil. Arana era un hombre del pueblo, autodidacta, participante activo en las luchas y las ilusiones de los desposeídos. Sus narraciones están construidas desde esa óptica, elaboradas con materiales de primera mano, puestas al servicio de su gente.

Aparte de un cuento incluido en la antología de la narrativa exilada de Rafael Conte, la única obra de Arana que el lector puede encontrar en las librerías españolas —acababa de aparecer— permite el encuentro con este perfil fundamental del escritor.

«Can Girona» (Al-Borak. Madrid, 1973), pri-

mer volumen de la serie de memorias «Por el desván de los recuerdos», es un relato donde la frescura del lenguaje, la precisión descriptiva, la sobriedad de la composición constituyen una elección estilística. La fundamenta una muy meditada y sentida concepción de la literatura y sus fines. Lo que a algún paladar al uso podría parecer fruto de las cautelas del autodidacta con el idioma o las referencias culturales revela muy pronto su verdadero significado: todo ello está en el libro porque constituye una forma sólida y sagaz de recrear artísticamente el universo obrero.

Y Arana consigue una reelaboración espléndida en verdad. «Can Girona» nos cuenta la vida de los obreros de una fundición en las postrimerías primoriveristas. El narrador, obrero también entonces, se limita a presentar aspectos cotidianos del trabajo: el anudamiento de lazos amistosos, los choques entre compañeros, la lucha contra los capataces y las cadencias, el resurgir del movimiento sindicalista, la muerte de un joven trabajador, la alienación embrutecedora del vino y el burdel, la presión de la miseria, el descubrimiento de la solidaridad, el arraigo o el despertar de una conciencia de clase, la reflexión sobre el propio valer, el encuentro con los simpatizantes de otras clases sociales, las tensiones íntimas entre la necesidad, la desconfianza y la simpatía surgidas en el curso de esa relación... En apenas 150 páginas Arana va desplegando ante el lector sucesivos desvelamientos de la condición obrera. Lo hace con mucho talento. No hay que estar alerta para descubrir el cuidadoso trabajo de reintención, de búsqueda del lenguaje auténtico, de la discreta inclusión de peripecias nimias que permitan penetrar más a fondo en la rea-

lidad narrada. Un trabajo de escritor, en fin, cuyo mérito mayor acaso sea el de llevarnos tras esa veraz convivencia, a una reflexión sobre lo que es episódico y lo que es fundamental en el universo del proletariado.

He de añadir ahora que la obra más importante de Arana, «El cura de Almunied», publicada en Méjico hace ya veintitrés años, pertenece a esa parte de la narrativa del exilio que no encontró cabida en el fenómeno de la recuperación. Parte que a mí me parece fundamental, pues se levanta en torno a la obsesión central de los escritores exiliados: la descripción militante de la guerra civil.

Para mí, «El cura de Almunied» se sitúa en las más altas cotas de esa narrativa, junto al «Réquiem por un campesino español», de Sender; el «Hamlet García», de Massip; los «Campos», de Max Aub; «La cabeza del cordeiro», de Ayala, y algunas más del propio Sender, Barea, Serrano, Ponceña y otros.

En «El cura...», también un breve relato de poco más de cien páginas, Arana acierta a describir en profundidad el significado de la guerra, acercándonos su vivencia con una fuerza estremecedora. Moisés Jacinto, vástago de una estirpe hidalga, soberbio, de raras lecturas, caritativo, enfrentado a las fuerzas vivas del lugar y a la jerarquía, respicaz para comprender la tensión de la lucha que se acerca, incapaz de justificarla, ajeno a los razonamientos ideológicos, padecerá la guerra como una desgarradora meditación íntima. Sus reflexiones le acarrearán sucesivas angustias porque el curso de la guerra en Almunied no evitará nada a sus ojos: el origen y el sentido de la violencia de los oprimidos, el papel cómplice de las clases medias, el odio y la envidia de los humildes, el silencio y la beligeran-

# ALIANZA EDITORIAL

El libro de bolsillo

## Narrativa Hispanoamericana

\*462

Narrativa peruana  
Prólogo y selección  
de Abelardo Oquendo

336

Narrativa venezolana  
contemporánea  
Selección de Rafael Di Prisco

267

70 años de narrativa  
argentina: 1900-1970  
Selección de Roberto Yahni

221

Narrativa mexicana de hoy  
Selección de E. Carballo

149

Narrativa cubana de la revolución  
Selección de J. M. Caballero Bonald

## Otras obras de literatura Hispanoamericana

445

Ernesto Sábato  
Hombres y engranajes.  
Heterodoxia

\*421

Carlos Fuentes  
Cuerpos y ofrendas  
Prólogo de Octavio Paz

\*\*413

Miguel Angel Asturias  
Hombres de maíz

393

Adolfo Bioy Casares  
La invención de Morel

\*328

Octavio Paz  
Los signos en rotación  
y otros ensayos

\*\*289

Antología de la poesía  
hispanoamericana  
1914-1970

Selección de José Olivio Jiménez

\*240

Domingo F. Sarmiento  
Facundo

206

José Lezama Lima  
La expresión americana

# ARTE • LETRAS • ESPEC

cia de la Iglesia. Estallando en «prontos» coléricos contra la crueldad o la estupidez, solitario otras veces en la rectoral, recapacitando sobre su propia fe, el mosén dará su vida al fin a un soldado moro que le impide acudir, una vez más, a salvar a un convecino.

Este viejo mosén aragonés, posconciliar con treinta años de adelanto, al que Nora sitúa en la línea del San Manuel Bueno unamuniano y Marra en la del cura de Sänder —y en ambas lindes se mueve, ciertamente—, es, sin duda, un acierto soberbio, que justifica por sí solo la obra de un escritor.

Marra López, Nora, Rafael Conte, Sanz Villanueva y otros estudios de la literatura del exilio se han ocupado ya de Arana con acierto. A mí me parece obligado en este momento de la despedida remitir al lector a esos juicios. Pero me parece también imprescindible recordar que Arana y otros escritores se han ganado ya el derecho, a casi siete lustros del final de la guerra, a formar parte del mundo de lecturas vivas de un lector español de hoy. ■ ISAAC MONTERO.

## El inquietante mundo de Anthony Burgess

Los «jóvenes airados» ingleses de los años cincuenta hablaban así por medio de su portavoz más célebre: «¿Cómo combatir a una sociedad que te invita a cócteles más o menos reales, que te mima, que te da a ganar millones, que acoge tu exabruptos con sonrisas de comprensión y golpecitos en la espalda, que te emborracha y te hace, en fin, balbucear ternura por todo bicho viviente?». (Quizá John Osborne no dijera eso exactamente, pero es lo que yo, punto más, coma menos, entendí.) La oleada siguiente, la de los sesenta, no parecía

mostrarse tan perpleja e indefensa: el protagonista de *Absolute Beginners* (novela de Colin McInnes, publicada en español bajo el título de *Principiantes* por Seix Barral en 1962) tiene, desde luego, el corazón así de grande, y su pureza se mantiene incólume a través de los azares de su continua lucha contra unos prejuicios sociales que casi siempre logra vencer. McInnes era un optimista que creía a ojos cerrados en la bondad innata del ser humano; su novela es en realidad un bello poema romántico, tal vez una balada, levemente sentimental y nostálgica de otros tiempos (pasados o futuros) en los que sus «principiantes» hallarían paso libre a sus inquietudes, cauces adecuados para expresarse. Incluso no sería necesario modificar el entorno geográfico: Londres se nos presenta cotidiano, hospitalario, con una belleza sin estridencias.

Al mismo tiempo, otro inglés, Anthony Burgess, veía las cosas desde un prisma bastante diferente. *La naranja mecánica* (1) fue publicada en 1962 bajo la apariencia formal de una novela de ciencia-ficción o fantasía. En la década transcurrida, el lector descubre que el mundo de crueldad y destrucción descrito por Burgess se encuentra, cada día que pasa, más inquietantemente cerca del mundo cotidiano en que vive. Hace algunas fechas, una noticia de agencia recogida por la prensa diaria, nos hablaba del asesinato cometido por un muchacho contra la persona de un viejo vagabundo, siguiendo punto por punto la descripción que de un suceso similar se hace en la versión cinematográfica de la novela de Burgess, noticia que al propio tiempo puede servir como sutil coartada para nuestra censura.

El mundo que nos presenta Burgess es tan-

to más inquietante cuanto que no se trata de un mundo fantástico, sino de una quintesencia de nuestro mundo, de una radiografía que nos presenta, descarnado, el esqueleto sobre el que se sostiene la sociedad en que vivimos. Aunque el novelista juega sus cartas con bastante malicia, obligando al lector que tome la iniciativa en el envite, dándole quizá a entender que, por su parte, no se trata más que de un «farol».

Es decir, Burgess soslaya la reflexión moral, tan cara a los «jóvenes airados» y a sus epígonos. Para el consumidor de una literatura que se esfuerza en hacer el mundo más claro y comprensible, en hacerlo «mejor», *La naranja mecánica* es una historia sin posible solución. Está claro que la violencia ejercida desde el poder engendra el desencadenamiento de acciones violentas individuales, a las que, sin embargo, siempre ponemos unos límites, más o menos flexibles. Cuando estos límites son sobrepasados (cosa que ocurre continuamente en la novela), ¿pueden justificarse estos comportamientos individuales? ¿Está ajustada a razón la acción represiva de la sociedad para contenerlos? El adolescente de *La naranja mecánica* no se plantea siquiera la posibilidad de encauzar su violencia, su «amor a la agresión», en una acción concertada o colectiva destinada a subvertir los principios morales por los que la sociedad justifica su propia violencia. En realidad, Alex, «demasiado joven aún para comprender la verdadera importancia de la libertad», intuye que toda organización social ha de fundamentarse en la represión y la violencia para poder subsistir. Así, pues, sus instintos en libertad le conducen a una especie de «proceso represivo» cuyo punto de llegada sería el primitivo «clan». Clan que habremos de reconocer como funda-

mento básico de nuestra propia sociedad y que da lugar a todos los obstáculos conocidos para la formación de una verdadera comunidad humana.

Sucede simplemente que mientras Alex se niega definitivamente a adoptar formalidades hipócritas, el mundo que le rodea y le agrade le exige, por encima de todo, dicha formalidad, que supone la división de los seres humanos en dos categorías morales: culpables e inocentes, buenos y malos. Categorías cuya existencia no reconoce el protagonista de Burgess.

Pero, naturalmente, Burgess no es tampoco tan ambiguo. La «ley de la jungla» por la que se rige su personaje no es sino la misma que marca el comportamiento social de nuestro mundo; la única diferencia consiste en que, mientras Alex aplica esta ley a título personal, nuestro mundo lo hace en nombre de unos supuestos intereses sociales o comunitarios. En realidad, los crímenes cometidos por individuos no son graves para la sociedad; los preocupantes de veras son los crímenes «sociales». Así, uno de los personajes de *La naranja mecánica*, encargado de la aplicación de nuevos métodos para la represión de la criminalidad individual, afirma: «El Gobierno no puede continuar aplicando teorías penales pasadas de moda. Amontonamos a los criminales en una cárcel, y vea lo que ocurre. Sólo se consigue criminalidad concentrada, delitos en el mismo lugar del castigo. Pronto necesitaremos todo el espacio disponible en las cárceles para los criminales políticos (...). El problema de los delincuentes comunes, como esta turba repugnante (...) puede resolverse mejor sobre una base puramente curativa». Es decir, sobre un sistemático lavado de cerebro que anule totalmente los reflejos personales en el individuo y los acomode a un «stan-

(1) Ediciones Minotauro. Buenos Aires, 1972. 166 págs.